

- 2.—Los concursantes deberán enviar sus originales en duplicado a casilla 84-D, Concurso Nacional de Novela, Cincuentenario de Zig-Zag. Los originales deberán ir firmados con seudónimo y en su primera página se especificará el nombre de la obra. En sobre aparte se acompañará el nombre y dirección del autor y demás datos sobre su persona.
- 3.—Las carillas deberán presentarse en forma clara, revisadas por su autor. La escritura de nombres propios, palabras técnicas, etc., deberán estar conforme con la ortografía de la Real Academia Española.
- 4.—La obra deberá ser novela, en su solo cuerpo (no reunión de cuentos cortos), de tema universal, con base histórica o sin ella, y deberá estar escrita en español académico.
- 5.—El plazo de expiración de los trabajos será el 1.º de diciembre de 1954.
- 6.—Habrá un premio de honor, en dinero efectivo, de \$ 100,000 (cien mil pesos), y la obra escogida será editada por la empresa editora Zig-Zag, S. A. Habrá un segundo premio consistente en la publicación, por parte de esta empresa, de la obra agraciada, reconociendo los derechos de autor respectivos.
- 7.—Un jurado, compuesto por los señores Juan Marín (presidente de la Sociedad de Escritores de Chile y en representación de ésta), Hernán Díaz Arrieta, Pedro Lira Urqueta y Salvador Reyes Figueroa, se pronunciará el día 15 de enero de 1955. Este jurado podrá declarar desierto el concurso si las obras presentadas no cumplen con las condiciones adecuadas para que sea un éxito su publicación.

<https://doi.org/10.29393/At349-350-182CPRA10182>

EN EL CINCUENTENARIO DE PABLO NERUDA

Como un testimonio afectuoso acerca de la impresión producida por el poeta entre los escritores argentinos, insertamos el discurso de la escritora argentina Norah Lange, esposa del poeta Oliverio Girondo, que integró en su patria un movimiento ultraísta parale-

lo al "creacionismo" de Vicente Huidobro. Dicho discurso fué pronunciado con motivo del cumpleaños de Pablo Neruda y su texto es el siguiente:

Señoras constantemente casaderas; exponentes masculinos que tampoco podéis quejaros; poetas, geólogos, novelistas, editores, que transformáis este mantel en tan sazonado entretenimiento:

Si un irremediable biógrafo se encapricha en endilgarme garabateados acontecimientos, no le costará mucho persuadirnos de que mi cariño y mi admiración hacia Pablo Neruda impusieronme el sacrificio más heroico de mi vida; la tortura —harto prevista por psicoanalistas y otras diversiones no menos costosas— que implica encerrarse en un avión, en pleno derroche de claustrofobia, a fin de participar en un cumpleaños demasiado grande para ser festejado en redondel de parientes. No podrá omitir, tampoco, que la personalidad de un poeta tan aclimatado en los laureles, le impide encariñarse con el artículo 84, del Código Civil, que recomienda fomentar apetentes aniversarios entre colaterales legítimos —capaces tan sólo de cuchichear las andanzas de una pata de gallo, el bajo nivel de un corpiño—, en vez de facilitar la entrada a espontáneos y espirituales no consanguíneos, dispuestos a descender de diferentes troncos y latitudes para repartirse los sinsabores —y algunos de los goces— que gravitan sobre el homenajeado. Considero una falta de consideración hacia vuestra perspicacia señalaros que solamente me refiero al poeta Pablo Neruda, resplandeciente prototipo que documentaré mediante la libertad de prensa que reclama semejante trance de ternura.

Permitidme recuperar una temporada en la cual todos denotábamos apuro, aunque lo disimulásemos muy bien, puesto que cuanto realizábamos constituía una manera de hacer creer que casi no realizaríamos nada. Alguna noche yo también comprenderé esta debilucha paráfrasis. Si os señalo tan dichosa época es porque coincidió con la llegada de Pablo Neruda y, aunque diversas instituciones se disputaron, en balde, la exaltada contextura de quien escri-

bió para mucho tiempo *Residencia en la tierra*, triunfaron los épicos domicilios de Pablo Rojas Paz y de Oliverio Girondo, para no abrumaros con la honesta confluencia de animosos bares que aún no se atrevían a custodiar la leche.

Pablo Neruda descendió del Transandino arropado en su gabardina estremecida de diagonales inglesas, entusiasmada en implantar una ruptura de relaciones con la parte inferior del traje, es decir, con el romántico pantalón al cual, más tarde, no sin cierta timidez, pretendió imponerle un cierre relámpago; pamplina imperialista que abandonó para siempre, ante la aflicción de los parroquianos. Su llegada edificó vitalicio acontecimiento. Los bochinches de pulso que inauguró su amistad cotidiana, sin morondangas de sábado y domingo, ni triquiñuelas de cariño a desgano, repercuten aún en los barrios más remotos, pese a los años transcurridos y ninguna carta. No necesitábamos cartas. Atareada en propagar las enjundiosas características que se codean con predilectos homenajes, como el que ornamenta tan sustanciosa cabecera, pude comprobar que, si bien la poesía de Pablo Neruda desbordaba peñas y salones, el aspecto de la ciudad, en cuanto a la indumentaria de diversos poetas, comenzó a alterarse de una manera alarmante. Algunos escritores, habituados a embarullarse el estimado encéfalo ojeando el mundo en la lustrosa puntera de inútil charol, renegaron de esa inferiorizada umbilicalidad para obsequiar a sus homogéneos con unos botines sofacama, ligeramente propensos al marrón. Otros, menos intelectuales, de moñito a la vera de una manzana que se atribuye a Adán, vociferaron corbatas que, al menos, procuraron parecerse a las sosegadas idem que promovía el consagrado autor de *El apogeo del opio*. El fanatismo se desparramó cuando un poeta menos conocido por sus sonetos de almidón que por la vertical de sinuoso casimir relamiéndole epiléptico empeine, abandonó ese desacierto para ampararse en un pantalón violáceo en constante lucha por tutearse con un chaleco amarillo limón. Nunca podría ocultaros que los sonetos también extraviaron algo de su atroz tesitura. Más

adelante, pero siempre con idénticos bríos, dispersas señoras de vanguardia comenzaron a vestirse menos, quiero murmurar, a parecer vestidas con mayor desgano en menos tiempo, aunque se demorasen lo mismo. Los restaurantes añadieron *cayena* y ají apenas pronunciable a los platos predilectos, mientras aquerenciadas destilerías engalanaban el alcohol, permitiéndole graduaciones bastante presumidas. No quedó sitio en Buenos Aires que no alterara el paso de Pablo Neruda, y hasta las noches decidieron continuar, de un tirón, hasta el día siguiente, a fin de evitarnos el inútil riesgo de regresar a domicilios apenas constituídos. Su *de vez en cuando sonrisa*, insuficientemente comentada por razones de alta política; su aire de llegar a un sitio como si se hubiese equivocado y saliera ganando; su voz de reclinatorio en voz alta o parecida a lentos trenes de carga que duran todo el insomnio; su manera de caminar como si pensase la vereda y además le gustara, constituyó un verdadero peligro entre recitadores, que querían imitarlo, y educadoras que perseguían otros epílogos no precisamente pedagógicos. Vehementes o parsimoniosos, vivíamos acurrucados al costado de responsivos teléfonos, acechando sus llamados que, casi siempre, implicaban la terminación de un poema, y lo seguíamos, atestados de altibajos, buscando de todo en el fondo de la vodka que sólo costaba \$ 0.30 porque era auténtica; buscábamos la mejor manera de escribir sin levantarnos temprano, el sistema más contagioso para corregir lo escrito sin dejar de vernos; examinando los muebles que podían enajenarse a fin de no terminar un capítulo y continuar hablando, insistiendo hasta el fondo de otra copa, evitando sumergidos ombliguitos con su emperifollado celofán, que todavía no eran aspirinas, sin presentir siquiera suntuosas tibias con corredores de angustia que tampoco eran pasatiempos hepáticos, mientras Pablo Neruda nos ganaba todo el tiempo, escribiendo sin horario no bien nos descuidábamos.

Su aproximación, además, permitió nuestra convivencia con otras memorables apariciones que progresaron rápidamente. La primera fué María Luisa Bombal, fina, inteligente y, para mí, involvi-

dable; Diego Muñoz, contratista de pesadillas festivas cuando solía deambular por los restos de una casa que ya se había retirado a otra; Rubén Azócar, auténtico y mal hablado ángel que prospera en toda conglomeración; Acario Cotapos, multiplicado de vida y de talento, que siempre os recibe como si fueseis el predilecto y en seguida os olvida; Juan Uribe Echevarría, generoso descubridor de libros agotados, el "eterno estudiante", como lo llamamos de memoria, y otros que retengo hasta perentorio banquete, porque conozco la etiqueta vigente en celebraciones como la que hora nos sucede.

Aunque existan severas pruebas de que la felicidad de una noche disparatada y tierna mejoraba, de pronto, ante largos restos de poesía, me complazco en repetiros que, desde entonces, el nombre de Pablo Neruda nunca se marchó temprano de ningún banquete literario, de ninguna reunión con escritores adentro, pero, como me atrae inculcaros que mi cariño jamás recurre a *engaña-pichangas* de refunfuñado convencionalismo, permitidme trasladaros cómo me exployé acerca de tan fervoroso poeta, durante el ágape alusivo a mi mayoría de edad, indiscreta cronología que la correspondida ternura de Sara Tornú de Rojas Paz utiliza, cada tres meses, para angustiar el recuento. Durante un rato deambularé entre comillas:

"Era un espléndido amanecer pertrechado de efluvios escoceses. Diversos colaboradores de cualquier domingo con suplemento nos encontrábamos en la esquina de Suipacha y Leandro Alem, fluctuando entre los *caracús* del "Tropezón" o la chirle frescura de las sábanas Grafa. Ningún uniforme afeaba la garita policial. A lo lejos, un carrito lechero, desprovisto de boina y su sucesivo vasco, entretenía la calzada. De pronto advertí que Pablo Neruda y Oliverio Girondo lo saludaban desde lejos, se encariñaban con él y, sucumbiendo a idéntico antojo, trepaban al pescante. Persuadida de que Pablo sólo exploraba un lugar más incómodo para salmodiar sus poemas, ya que Oliverio no sabía los suyos de memoria, decidí reemplazar el uniforme ausente y, desde lo alto, mientras el más invadido de barbas empuñaba las riendas y el homenajeado iniciaba

su letanía: "Sucedé que estoy cansado de ser hombre", levanté la mano, detuve el tráfico que contrariaba la ruta de tan dilectos poetas, y les concedí vía libre. Jamás he visto algo que corra como ese caballo. Pasó debajo de mí con tal rapidez que no podría asegurarnos si la barba de Neruda era la que no usaba Oliverio o si Oliverio se bebía la leche que Pablo no lograba repartir frente a comisarías y repentinos niños sin pecho. Tres horas más tarde, el introductor de la boina recibía, enfurecido, diez pesos del año 1935 y una tarjeta del Cónsul de Chile, agradeciéndole sus servicios. El caballo no dijo nada".

Aunque semejantes modales, señoras y señores, os resuenen de moderada importancia, resultan esenciales para el mejor conocimiento anímico-glandular de un poeta como Pablo Neruda, quien arribó sin egoísmos ni engañifas de timbres, al cariño y a la admiración de cuantos se acercaron a su perfil de tres cuartos y a su perdurable obra. Yo os entrego recuerdos del comienzo; vosotros, en cambio, usufructuáis de su presente y de su futuro, y si alguien rezonga que bien pudimos recorrer sus poemas a la orilla de comprensivos progenitores, sin necesidad de invadir tantas noches, accedo a subrayaros que preferimos escucharlo porque de esta manera "la canción desesperada" nos duraba más. Si insistís en la adelgazada moraleja de que lo esencial, entre escritores, consiste en acusar recibo de sus obras, os contradigo con mi presencia ya que, de no haber conocido tanto a Pablo Neruda, este memorable sistema de cumplir años sólo hubiese implicado, para Oliverio y para la suscrita, un colacionado mensaje cuya parte de cariño habría permanecido aparte, pues sin poner en duda la abundante imaginación de compinches chilenos, nadie me obligará a suponer que aún en pleno paroxismo afectivo, un empleado de correos y telégrafos sería capaz de abrazarlo a Pablo Neruda, de la manera monumental y vitalicia con que Oliverio Gironde lo abrazará esta noche, para inculcarle, en nombre de los dos, la admiración y el cariño que mi escasa fonética es incapaz de trasladar.

Antes de irme de esta enternecida sintaxis y su correspondiente mesa, necesito agradecer a mi cónyuge, el vitalista y total poeta Oliverio Gironde, la denodada galantería con que me auxilió sobre los Andes, y a mi querido y paciente editor, Gonzalo Losada, las promesas de imaginarias ediciones con que entretuvo mi claustrofobia. También premedité agradecerlos el haberme escuchado, pero me retuve a tiempo, porque vuestro sacrificio auditivo, que apenas se aproxima a los nueve minutos estipulados, nunca tendrá relaciones con el miedo que escuché sobre tanta invisible cordillera.

Pablo Neruda: Ya que repetiremos esta hazaña cada vez que cumplas diez años más, y serán muchas, y puesto que la mirada con ahora te miramos deberá durar dos lustros, te juro que los ojos que ahora te miran serán para siempre los dichosos ojos que pudieron mirarte mientras cumplías, con verosímil acierto, tu medio centenario.

Será justicia.

Julio 12 de 1954.